







DIÁLOGO
con
Borges

Ocampo, Victoria
Diálogo con Borges. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires. :
El Ateneo, 2014.
168 p. ; 21x23 cm.

ISBN 978-950-02-0786-7

1. Literatura Argentina. I. Título.
CDD A860

Diálogo con Borges
Victoria Ocampo

© Editorial Sur S.A., 2014
Godoy Cruz 3236 - (C1425FQV) Buenos Aires - Argentina
© Fundación Sur, 2014
Godoy Cruz 3236 - (C1425FQV) Buenos Aires - Argentina
© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2014
Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina
Tel: (54 11) 4943 8200 - Fax: (54 11) 4308 4199
E-mail: editorial@elateneco.com

1ª edición: julio de 2014

ISBN 978-950-02-0786-7

Agradecemos a Sara Facio por sus indicaciones fotográficas, a Juan Javier Negri por sus notas, transcripciones y epígrafes, a Ernesto Montequín por sus notas, a Laura de Estrada por sus traducciones y a UNESCO Villa Ocampo por las imágenes.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.
Libro de edición argentina.

Impreso en Casano Gráfica S.A.,
Ministro Brin 3932 (B1826DFY), Remedios de Escalada,
provincia de Buenos Aires,
en julio de 2014.

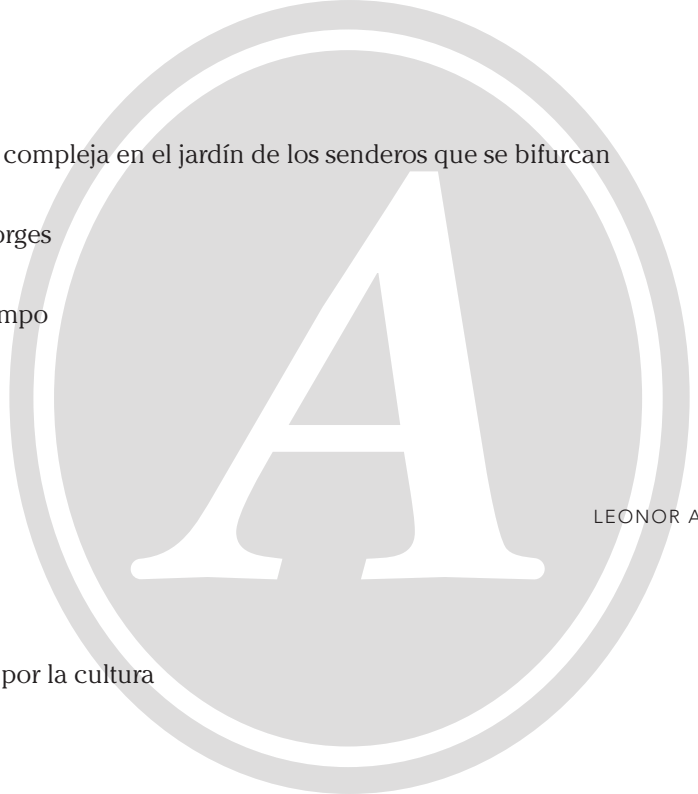
VICTORIA
OCAMPO

DIÁLOGO
con
Borges



 *Editorial El Ateneo*





9	Prólogo	MARÍA KODAMA
15	Una amistad compleja en el jardín de los senderos que se bifurcan	ODILE FELGINE
39	Jorge Luis Borges	VICTORIA OCAMPO
55	Victoria Ocampo	JORGE LUIS BORGES
67	Diálogo	VICTORIA OCAMPO
115	Cartas	JORGE LUIS BORGES LEONOR ACEVEDO DE BORGES NORAH BORGES VICTORIA OCAMPO
145	Todo lo hizo por la cultura	JORGE LUIS BORGES
149	Notas	
165	Créditos fotográficos	



Prólogo

MARÍA KODAMA





La urdimbre de la vida está entretejida con hilos mágicos, hilos de una sutileza tal que forman un dibujo ininteligible para la razón pero que, quizás, son lazos que van uniendo almas afines. El hecho de escribir este “prólogo” para un “diálogo” sería prueba de ello. Es comenzar una bifurcación a partir de la “palabra”, es decir, del “logos”, para ofrecer a los lectores una de las formas más acabadas de la civilización, que tuvo su cuna en Grecia: la conversación entre seres humanos para zanjar diferencias, exponer formas de pensamiento o simplemente para recordar, en esa intimidad que crea justamente el diálogo con un amigo, el transcurso de nuestras vidas. Este diálogo tiene lugar entre dos seres, cada uno a su manera excepcional, Jorge Luis Borges y Victoria Ocampo. Dejo el verbo en presente porque quizá, como en alguno de los cuentos de Borges, el diálogo continúa en algún punto del universo. En este diálogo vemos cómo, a través de caminos diferentes, convergían en su percepción y busca del sentido estético en la literatura, en el arte y en una inquebrantable ética.

Victoria Ocampo fue una mujer vanguardista en el sentido más amplio del término, tuvo el valor de romper una tradición, de hierro en su época, para instaurar la propia, la de una mujer independiente, que condujo su vida con fuerza y generosidad. Puso su fortuna al servicio de la cultura, fundó la mítica revista *Sur* y supo descubrir y rodearse de talentos que constituyeron la gran literatura y el arte argentino del siglo xx. Entre sus colaboradores estaban Mujica Lainez, Alberto Girri, Eduardo Mallea, Silvina Ocampo, Enrique Pezzoni, Alberto Erro y Borges...

Pero ella no se conformaba solo con esto, quiso que su país trascendiera las fronteras y que la riqueza intelectual del mundo llegara a la Argentina. Por eso trajo a escritores y artistas de Europa para que conocieran y estuvieran en contacto con intelectuales y artistas argentinos. Les organizaba conferencias, conciertos, recitales... Justamente uno de los escritores invitados por Victoria Ocampo fue Roger Caillois; conoció a Borges en las reuniones, verdaderos cenáculos literarios en la casa de Victoria, leyó su obra y deslumbrado y maravillado por su escritura lo tradujo y lo proyectó a la fama

en Francia, que en ese momento era decir el mundo. Borges, con esa nobleza y gratitud que lo caracterizaban, nunca olvidó a su traductor.

En este diálogo en el que no hay curiosidad morbosa, en el que no hay desbordes o proyecciones imaginativas que distorsionen la esencia del entrevistado, en este diálogo casi oriental por esas características, hay otro elemento: la fotografía. Es a través de las fotos de un álbum familiar, a través de la descripción de esas fotos que van pasando desgranadas como las cuentas de un rosario o como un koan para abrir la mente al recuerdo, que desfilan los padres, su adorada abuela inglesa orgullosa de su sangre y su cortesía hasta en el momento de su muerte.

También esa coincidencia que deslumbraba y sobrecogía a Borges: el nombre Junín que designa a dos lugares geográficamente separados pero que sellaron por caminos brutalmente opuestos el destino de dos de sus antepasados. Junín en la Argentina donde su abuelo Borges a raíz de un malentendido que lo hacía aparecer como traidor fue al encuentro del enemigo cabalgando, envuelto en un poncho blanco, desarmado, para hacerse matar. Por otra parte, su bisabuelo materno, el coronel Suárez, que, cuando la batalla estaba perdida, irrumpió con su carga de caballería y ganó la libertad del Perú y su gloria en Junín.

Borges confiesa de una manera íntima y dolida el remordimiento de haberse sentido muy desdichado en parte por el fracaso de las múltiples operaciones de la vista que debió aceptar y de haber apenado a sus padres por no ocultarles su tristeza.

Hay algo fundamental en este diálogo y es cómo muestra esa esencia indestructible que él sentía como imposible de cambiar o modificar aun si, como en broma decía, existiera la reencarnación. Esa esencia que lo hizo aceptar y asumir su destino: ser escritor.

Esa intensa aceptación que era carne de su alma y de su vida y que atraviesa toda su creación está expresada en lo que le comenta a Victoria cuando ella le describe la escalera de una casa y

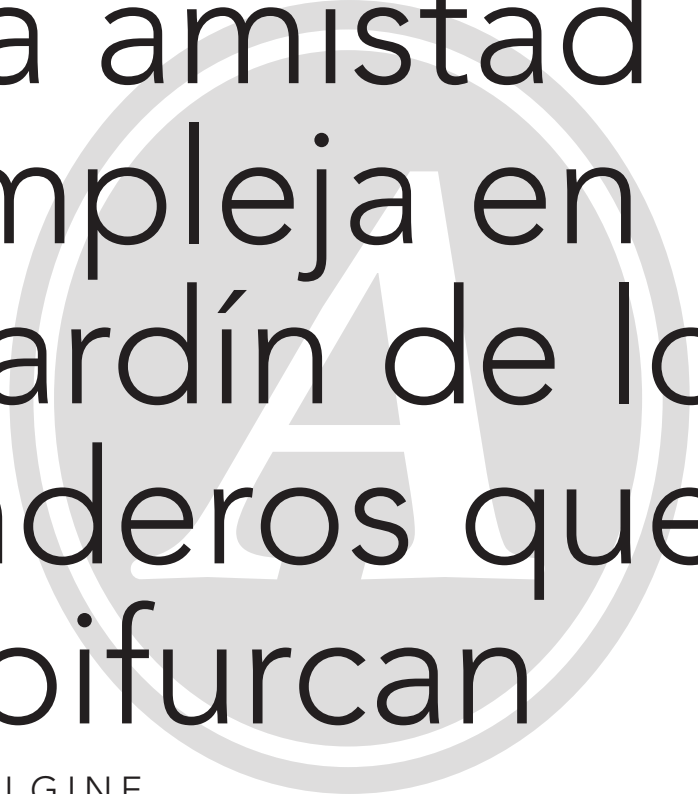
Borges le responde: “Si se trata de nuestra casa de Anchorena, entonces habré estado pensando en el cuento ‘Las ruinas circulares’. Pasé una semana escribiéndolo. Durante esa semana iba a trabajar a la biblioteca de Almagro, iba al cinematógrafo alguna vez, veía a mis amigos, pero todo eso era como si ocurriera en un sueño, porque yo estaba viviendo, mientras tanto, *como no he vivido una obra literaria ni antes ni después, ‘Las ruinas circulares’*”.

Hoy hay una placa conmemorativa que la Fundación Internacional Jorge Luis Borges hizo colocar y que marca el tiempo que Borges vivió en ella y como testimonio de la creación de ese cuento figura el comienzo de “Las ruinas circulares”.

Esta historia, como todas las historias, comenzó a tejerse mágicamente mucho tiempo antes, cuando una niña leyó ese cuento y sin entenderlo sintió esa intensidad con que fue escrito, esa belleza y ese misterio frutos de la creación y se convirtió desde ese instante en su cuento preferido.

El azar, el Ker entre los griegos al que hasta los dioses debían acatar, quiso que por ese relato la casa de al lado se convirtiera en la sede de la Fundación Internacional Jorge Luis Borges y del Museo Borges, pero esa es otra historia del Ker...





Una amistad
compleja en
el jardín de los
senderos que
se bifurcan

ODILE FELGINE



No eran amigos íntimos, es decir, no se hacían confidencias como le dijo Jorge Luis Borges a Ernesto Sabato.¹ Sin embargo, caminaron juntos y con qué provecho durante la vida, ese jardín de los senderos que se bifurcan.² Ellos representaron lo más logrado, lo más libre y lo más deslumbrante que la Argentina ofreció al mundo en el dominio literario y cultural.

Este país nuevo no ha mezquinado importantes aportes y grandes plumas en el transcurso de su joven historia. Victoria Ocampo y Jorge Luis Borges son el diamante que graba sobre el metal de la historia intelectual argentina el nombre de *Sur* en letras preciosas en una criptografía incomparable. *Sur*: revista esencial de la vida literaria argentina; *Sur*, que indica con su flecha roja a sus amigos extranjeros desde 1931 la dirección de un país poco conocido y caricaturizado, el de los gauchos y de la pampa.

Sur va a alimentar el rico vivero intelectual argentino por la gracia y la voluntad de una mujer notable, brillante, valiente, Victoria Ocampo, que supo rodearse de un equipo de gente talentosa y de sabios consejeros extranjeros. Ella contribuyó a definir la identidad argentina y dio a la comunidad literaria universal un escritor tan capital como Borges, surgido, en parte, de su invernáculo mágico. Si bien avanzaron con frecuencia lado a lado no se puede decir que la relación entre Victoria Ocampo y Jorge Luis Borges haya sido siempre idílica. Su “amistad” fue, por el contrario, frecuentemente complicada y hecha de tropiezos y malentendidos, pero fecunda.

La selección de textos presentados aquí, a menudo conmovedores, permite medir la densidad de esa relación y la proximidad de estos dos seres. Inéditos preciosos, su correspondencia y textos relativamente raros atestiguan bien esta familiaridad respetuosa, precavida —se hablaron siempre de usted— y la necesidad casi vital que tuvieron de frecuentarse, de aprehenderse mejor, conscientes el uno como la otra de su gran valor recíproco. Si ha de creerse a José Bianco, uno de sus amigos cercanos, Borges “repudiaba el sentimentalismo”.³ No obstante, en su punzante nota necrológica aparecida

en *La Nación*, él describe con emoción a una mujer brillante, alegre, una mujer a la que él reiteraba su deuda y su reconocimiento. “¡Todo lo que ella ha hecho por nuestra cultura!”, exclama. Con su desaparición, un trozo de su mundo se derrumba en 1979. Él parece conmocionado, estremecido, menos irónico, menos dueño de sí mismo de lo que acostumbraba.

Pues cincuenta y dos años antes, en septiembre u octubre de 1927, como lo atestigua su primera carta y como le decía su madre,⁴ quien parece haber tenido buena memoria, el joven poeta de veintiocho años destacado en ciertos círculos encuentra a Victoria Ocampo. Ella había ido a una conferencia en la que se leyó un texto que Borges había consagrado a “el idioma de los argentinos”. Ella valoró su análisis y le escribió. Le dijo también que quería encontrarse con él. Victoria Ocampo tiene desde hace años esta voluntad de aproximarse a los demás, hacia aquello que la intriga, hacia quienes admira o en quienes presiente cualidades excepcionales. Separada de su marido, sin haber podido realizarse como comediente por las prohibiciones de la época, comienza entonces a recibir a prestigiosos huéspedes extranjeros en sus diversas propiedades. Lo hizo y lo haría con Keyserling, Tagore, Ansermet, Le Corbusier, Drieu la Rochelle, Aldous Huxley, Saint-John Perse, Albert Camus y tantos otros.

En esa época, esta mujer muy rica, bien nacida, bella, inteligente, escribe artículos para *La Nación* y organiza conferencias. Estas contribuyen a abrir su país a la elite cultural internacional. Habla corrientemente varios idiomas, entre ellos el inglés y el francés; se vuelca a la literatura y a la vida artística como hacia un absoluto, con “fervor” dice Borges a su muerte. Ella ya es a los treinta y siete años una figura conocida, incluso escandalosa, del Buenos Aires machista. “¿Qué voy a poder decirle a Victoria? ¡A Victoria Ocampo!”, dice con inquietud el joven a su madre Leonor. “Pero ella te dirá de qué vas a hablarle” y Victoria Ocampo le dará una cita para almorzar el día siguiente. “Fue. Y naturalmente conversaron mucho”.⁵ “Estoy muy orgulloso de este encuentro y de la espontaneidad de

su aprobación”, le escribe poco tiempo después. Y Borges hace el elogio de “la organización”, de “la discreción” de la lengua francesa, a pesar de no ser particularmente francófilo aun cuando ama a Verlaine y a tantos otros poetas franceses. Desde ya, él le expresa su “gratitud” y promete enviarle un texto, si por ventura escribe uno que le satisfaga. Victoria Ocampo ubica su encuentro más temprano. “Diría que desde el momento en que conocí a Borges —en el tiempo de la revista *Proa* [...]— siempre lo admiré [...]. En 1925 apareció *Luna de enfrente* (poemas) y el mismo año, la revista *Proa* que solo vivirá un año”, recuerda ella en “Visión de Jorge Luis Borges”, cuyo texto completo forma parte de este libro. La carta de Borges publicada aquí prueba que ello ocurrió más tarde. Queda como importante la descripción del hombre joven: “Era un muchacho de veinticinco años con una cierta timidez en la marcha, en la voz, en el apretón de manos y en sus ojos de vidente o de médium”.

Estos dos seres tienen muchos puntos en común. Victoria Ocampo y Jorge Luis Borges pertenecen a familias antiguas y respetables de la Argentina. Ella, por su parte, está vinculada a la alta y riquísima “aristocracia” porteña. Los dos han nacido en el mismo barrio de Buenos Aires, a algunas cuadras de distancia. Los dos han sido educados por institutrices europeas, una inglesa, en el caso de Borges y una francesa y otra inglesa, en el caso de Victoria Ocampo. Borges ha crecido además al lado de su abuela inglesa, muy apegada a su cultura de origen. Los dos han viajado y han vivido en Europa. Borges ha sido educado en un colegio en Ginebra, mientras que su padre, retirado prematuramente, era atendido de una enfermedad ocular de origen genético. Ha vivido también en España. Lo cuenta a una Victoria Ocampo ávida en el “Diálogo”. Allí están los hábitos y los trazos casi sociológicos de las familias patricias argentinas. Pero más aún: en muchos de los textos reunidos aquí, ambos, con una extraña fascinación, se prestan voluntariamente al juego y al esfuerzo de determinar, en su recorrido personal, lo que los une, su pertenencia histórica, cultural y geográfica; emociones de la infancia, recuerdos de los inicios de *Sur*. Como si les hiciera falta, más allá de la anécdota y de ciertos arañazos

participan de un destino común que intentan volver menos eneguedor aun cuando se mantiene vertiginoso.

Pues este encuentro es fructífero. Con el norteamericano Waldo Frank “poeta de la Nueva América”, Victoria Ocampo se preocupa muy pronto de definir una identidad americana,⁶ con el español Ortega y Gasset de construir puentes entre la Europa y la América del Sud. La idea de crear una revista sobre el modelo de la *Revista de Occidente* que ella conoce bien se impone. Victoria Ocampo entonces, con elegancia y determinación, recurre a sus relaciones para formar el doble consejo editorial de la revista. Piensa en el antiguo ultraísta, Jorge Luis Borges, para que forme parte del consejo argentino que congrega a seis personas. Borges le quedará siempre agradecido. “En ese tiempo yo no existía [...] pero ella vino a mí; me distinguió cuando yo era casi nada [...] yo era como El Hombre Invisible de Wells en Buenos Aires”, declara en 1980 con humildad en el homenaje que él le rinde en la UNESCO. En realidad ya era conocido en la Argentina por sus poemas y sus ensayos.

En el consejo editorial extranjero figuran personas próximas a Victoria con nombres célebres: el francés Pierre Drieu la Rochelle, el español José Ortega y Gasset, el mexicano Alfonso Reyes, a quien Borges conoce bien y admira, el director de orquesta suizo Ernest Ansermet, el italiano Leo Ferrero, el dominicano Pedro Henríquez Ureña, el franco uruguayo Jules Supervielle y Waldo Frank. Borges es colocado en un pie de igualdad con estas personas ya famosas. Pero él aporta su experiencia importante en la dirección de una revista literaria. Según E. Rodríguez Monegal, “en el transcurso de los años veinte él ha fundado y dirigido tres pequeñas revistas y ha colaborado con otras veinte, escribiendo regularmente para muchas de ellas. Aunque no haya comenzado todavía a ganarse la vida gracias al periodismo literario, es un profesional [...]”.⁷

Sur es, por voluntad de Victoria Ocampo, una revista intercontinental, emplea la lengua española, asistida por Eduardo Mallea y por el secretario Guillermo de Torre, futuro esposo de Norah Borges. Es



trimestral e intenta promover la creación sudamericana, mientras da pruebas de eclecticismo y de apertura a las literaturas no americanas, seleccionadas exclusivamente por el criterio del talento. Así, al presentar autores noveles, Victoria Ocampo hará evolucionar y hasta modernizar la literatura y la cultura argentinas; más aún, la hispanoamericana.

El primer número de *Sur* aparece el 1° de enero de 1931. La revista tuvo 371 números y una vida de sesenta y un años. Victoria Ocampo fue su mecenas y directora efectiva aun si al comienzo no funcionó como una empresa modelo: “*Sur* no pagaba; yo recuerdo que durante los diez primeros años no se pagaba a nadie y como no era una empresa comercial...”, confiesa Borges a Jean de Milleret en 1967.⁸ En ese primer y rico número, Borges publica un texto sobre el coronel Ascasubi, pero encuentra un poco extrañas, como otros compatriotas, las fotos de paisajes argentinos que Victoria Ocampo también incluye: “Un verdadero manual de geografía. Victoria había hecho eso para mostrar la Argentina a sus amigos de Europa, pero era un poco extraño en Buenos Aires”. Victoria Ocampo le responderá severamente sobre este punto.

Sur no es bien recibida en Buenos Aires. Es la revista de lo extranjero, se dice frente a su cosmopolitismo. Victoria Ocampo molesta tanto por ser mujer como por ser intelectual. Ella se enfrenta al machismo aun en el plano literario. “*Sur* es profundamente americana”, le declara Waldo Frank. “Usted será herida pero debe soportar todo eso”. Feminista, activa, Victoria Ocampo no tiene nada de escritor dócil. Debe afrontar los prejuicios de la elite literaria argentina de la que es la continuadora y modernizadora pero también el niño terrible, un poco como lo es Borges en su esfera.⁹ Gracias al apoyo de algunos amigos extranjeros, Victoria Ocampo se mantiene firme y *Sur* se inscribe en el paisaje de la literatura argentina. Y aun si Borges, cáustico, no es el último en criticarla va a encontrar en *Sur* una bella tribuna. Así pudo decir muchos años más tarde: “La evolución de nuestra literatura es inconcebible sin Victoria Ocampo. Todo lo que ella ha hecho me parece muy noble: la revista, la casa editorial, el hecho de haber reunido individuos notables”.

Sus opiniones sobre la literatura y la vida divergen, sus caracteres también. Victoria Ocampo no desdeña el lirismo, el análisis psicológico, el sentimentalismo. Algunos consideran su obra como la de uno de los más grandes ensayistas argentinos.¹⁰ En su texto “Visión de Jorge Luis Borges”, inicialmente publicado en el *Cahier de l’Herne* consagrado a J. L. Borges, ella confiesa haber estado intimidada por su colaborador, por miedo a su “tendencia a ironizar sobre aquello que no fuera de su propio gusto, y nuestros gustos diferían”. Ciertos críticos han visto en este pasaje la expresión implícita de una forma de agresividad.¹¹ Personalmente creo que se debe leer, más bien o también, como la expresión de la timidez de Victoria y de la sensibilidad profunda bajo apariencias falsamente extravertidas. Esta sensibilidad y esta delicadeza se expresan regularmente en sus cartas, recordémoslo. Victoria Ocampo ha reconocido en Borges “una figura literaria de primer orden” y él ha visto “su genialidad”. [...] “Cuando nos poníamos de acuerdo, era por razones opuestas. Eso me ponía muy tímida frente a Borges, en la medida, precisamente, en la que yo admiraba su genio. Tenía también más temor de herir que de ser herida”. Por su lado, Borges la encuentra demasiado “autoritaria”, perentoria, dominadora. A E. Rodríguez Monegal le relata así: “Cuando Victoria te pedía visitarla en San Isidro, no te invitaba: te convocaba”.¹²

El mundo literario argentino es quizás casi una historia de familia, también para los dos. Así, la hermana de Borges, Norah, pintora, se casa, en 1928, con Guillermo de Torre, secretario de la revista y miembro del comité editorial de *Sur*. La hermana menor de Victoria, Silvina (a veces llamada Silvia en las cartas), gran amiga de Norah, se casa en 1940 con Adolfo Bioy Casares, muy cercano a Borges. Ambos escriben varios libros en conjunto y con Silvina. De esta creación común, Borges habla con humildad en el “Diálogo”. Su influencia ha sido recíproca, pero sin duda ha sido él, el mayor de los dos, quien ha recibido más “de manera indirecta”, según confiesa. “El joven Bioy Casares ha sido un maestro, diríamos clásico, para el ya viejo Borges”. Y Bustos Domecq no ha existido, afirma, más que



luego de sus discusiones. Conmover: a la madre de Bioy, que deseaba poner a su joven hijo en contacto con el medio literario argentino, y le pedía que le sugiriera una guía, Victoria respondió: “Borges”. Ambos terminaron encontrándose en casa de Victoria, en San Isidro, en 1931 o 1932. Sin embargo, Bioy Casares nunca quiso a su cuñada.

En 1933, Victoria Ocampo, vicepresidente del PEN Club, crea la Editorial SUR gracias al consejo sagaz de José Ortega y Gasset. Borges, que acaba de conocer a Henri Michaux en Buenos Aires por su intermedio, se pone enseguida a traducir para *Sur* (*Orlando*, de Virginia Woolf; *La metamorfosis*, de Franz Kafka; *Un bárbaro en Asia*, de Henri Michaux). En 1939 apareció en Francia, gracias a la mediación de Victoria y, quizás, de Henri Michaux, “*L’approche du caché*”, traducido y prologado por Néstor Ibarra, en *Mesures*, de Adrienne Monnier: en realidad, se trata de “*El acercamiento a Almotasim*”, escrito en 1935. Borges colabora con “Pierre Ménard, autor del Quijote” en mayo de 1939, en el número 56 de *Sur* (convertida en mensual en julio de 1935) y en agosto, en el número 59, “La biblioteca total”. Su raro talento se afirma bajo el ala de *Sur*. El respeto y pequeñas rencillas, en parte debidas al carácter impetuoso e imperioso de Victoria, así como a la legítima susceptibilidad de un artista como Borges, marcan sus relaciones. La bella revista (*Sur* inspira a Borges uno de sus cuentos cortos preferidos, *El sur*) supo reconocer el genio de uno de los mayores autores sudamericanos, no obstante las críticas que señalan que Borges fue publicado tardíamente por la Editorial SUR. Victoria Ocampo tenía imperativos comerciales en mente, es cierto. Ella debía intentar restablecer la situación financiera de su revista. ¿Podía hacerlo publicando entonces los cuentos cortos de Borges? Lo hizo, sin embargo, para otros autores argentinos.¹³

Ella le permitió, en todo caso, como a tantos otros, frecuentar creadores ilustres y foguearse con su contacto. En sus famosos tés de los domingos (instaurados en 1936), esta suerte de “monumento nacional” para Ernesto Sabato,¹⁴ esta “cariátide” según Octavio Paz,¹⁵ le permite encontrarse “con casi

todos aquellos que tuvieran importancia en la vida cultural del país” (frase de Sabato) así como con grandes figuras literarias, filosóficas y artísticas de la escena cultural mundial. “Esas reuniones no fueron nunca meramente mundanas, porque allí se hablaba, se discutía, y a veces con aspereza, de la guerra, del nazismo, del comunismo”.¹⁶ Victoria Ocampo se deja llevar algunas veces, principalmente cuando se trata de cuestiones de política local. Sus defectos, que ponen furioso a Adolfo Bioy Casares, son perdonados por almas más magnánimas pero no menos dotadas. Porque Victoria anima su revista con ardor, pasión, coraje y devoción. Sus viajes a los Estados Unidos y por Europa son pretextos para volver a ver a sus amigos, pero sirven también para alimentar intercambios culturales y proveer autores de gran interés a su revista, a su editorial y a la escena cultural argentina. Ellos nutren también su creación personal, dominada por la subjetividad. La directora de *Sur* escribe en “Visión de Jorge Luis Borges”: “Me gusta escribir solo sobre los seres y las cosas que más me gustan, por más defectos que puedan tener”.

Borges entrega a *Sur* críticas de films y de libros, textos breves y chispeantes, mientras que ella contribuye enormemente a hacerlo conocer en el extranjero. Es cierto que en 1925 Borges ya había sido mencionado por Valéry Larbaud en *La Revue Européenne*. Borges le había enviado *Inquisiciones* y el francés lo elogió: “*Inquisiciones* por Jorge Luis Borges es el mejor libro de crítica que hayamos recibido hasta hoy desde América latina. [...] Saludamos en [este] libro el inicio de una nueva época de la cultura argentina”. El 15 de junio de 1931, Borges fue citado por Robert Cahen Salaberry en la “Presentación de la Argentina” en el *Mercure de France* como uno de los escritores más importantes de América latina. Pero la actuación de los franceses Pierre Drieu la Rochelle y luego Roger Caillois, sobre todo, juntamente con su creciente notoriedad en la Argentina, fueron esenciales. En 1932, Pierre Drieu la Rochelle se aloja en casa de Victoria Ocampo, a quien ha conocido en París tres años antes. Ella le presenta a Borges. Los dos hombres simpatizan, pasan largos momentos juntos. “Desde mi lle-

gada a Buenos Aires, he encontrado un poeta argentino que, enseguida, ha querido darme su ciudad en toda su demasía, en toda su grandeza, en todo su carácter”, escribirá en enero de 1934. Según lo cuenta Borges, paseándose con él por los suburbios de Buenos Aires, Drieu descubre la pampa, y con agudeza, a la una de la mañana, la define en un instante. Es un “vértigo horizontal”, se inflama. Ha encontrado la “bella metáfora” que los escritores argentinos buscaban desde hacía largo tiempo, dijo Borges al respecto a Napoleón Murat, a Jean de Milleret y a Victoria Ocampo en ese “Diálogo” tan apasionante. Drieu la Rochelle regala una metáfora a su amigo argentino, que conoce bien su valor, pero le concede también la gracia, en el barco que lo lleva de vuelta a Francia, de un artículo.

El 1° de octubre de 1933, a bordo del *Atlántico*, Pierre Drieu la Rochelle escribe un texto titulado “Borges vale el viaje”, texto que no pasará inadvertido cuando sea reproducido por la revista *Megáfono* en Buenos Aires. “¡Borges es esto, Borges es aquello, me han hablado sobre Borges en Buenos Aires! Algunos me han confiado que era intelectual, demasiado intelectual. Se equivocan de término: quieren decir que es inteligente, muy inteligente. [...] Borges, que entiende todo, tiene, sin embargo, pasiones tajantes. Es todo pasión, porque es inteligente. Un hombre inteligente no tiene miedo de sus pasiones, y las sirve con cierta delicadeza, cierta nobleza en la toma de posiciones que lo distingue del idiota fanático. [...] Es tranquilizador pensar que en cada país hay algunos hombres que tienen cabeza”.¹⁷ Lo celebra también en un artículo del diario parisino *L’Intransigeant*, titulado “El poeta y su ciudad. Soledad de Buenos Aires”. Borges mismo le ha inspirado la idea de una novela, *L’homme à cheval*, que publicará en 1943.¹⁸ Todo eso, gracias a Victoria Ocampo.

Una nueva relación de Victoria Ocampo va a ser importante para Borges: el francés Roger Caillois. Ella encuentra en París, a fin de diciembre de 1938, a este ex alumno de la Escuela Normal con propiedades luciferinas y vanguardistas interesantes, aunque políticamente controvertidas.¹⁹ La relación sentimental e intelectual que Victoria estableció con él, veintitrés años más joven que ella,

pasional y duradera, va a ser constructiva. La directora y editora de *Sur* le propone rápidamente ir a la Argentina a dar conferencias sobre el Colegio de Sociología. Roger Caillois, joven historiador de las religiones, catedrático de gramática, ignorante de todo o de casi todo lo que se refiera a América del Sur, descubrirá sus literaturas, sus culturas y sus lenguas, a partir de mediados de julio de 1939, gracias a ella, a una mayor moderación de su parte y a un mayor conocimiento de la propia América latina. Junto a Victoria, en este medio ciertamente favorecido (demasiado, dirán algunos como Witold Gombrowicz) que él sabrá abandonar de vez en cuando por viajes o conferencias en tierras menos provistas, se pone al tanto de la región y de su (o sus) literaturas en plena expansión y encuentra el realismo mágico.

Borges, que se ha convertido en uno de los orgullos de *Sur*, ya tiene gran reputación en la Argentina. Rápidamente, Victoria Ocampo da a leer a su protegido el único texto de “Georgie” traducido al francés y le presenta al autor. Caillois se hace el exquisito: el 26 de julio de 1939 escribe a Jean Paulhan, en papel membrete de *Sur*: “He visto mucho a Borges: es muy inteligente, pero encuentro penoso que escriba muchas cosas como las que *Mesures* ha publicado. Esto me hace pensar en la fábula en la que un pastor grita ‘¡el lobo! ¡el lobo!’ sin cesar. Temo que el día que quiera expresarse seriamente se le diga que eso no va. Pero quizás jamás quiera expresarse seriamente”.²⁰ Esta especie de tono de superioridad con respecto a los creadores argentinos (defectos entonces muy parisinos y todavía juveniles) no son del gusto de todos. Y sobre todo no de Borges, quien no lo considera para nada familiarizado con la literatura sudamericana, evidencia de una suerte de estrechez cultural. Borges, argentino, hispanoamericano, habla con frecuencia y de corrido francés e inglés y acostumbra leer esos autores. La ignorancia y las opiniones de Roger Caillois (que aprende el castellano muy lentamente) no pueden más que indisponer a un gran creador como Borges que, por su parte, no se da cuenta de las raras calidades intelectuales del futuro promotor literario que disimulan al

ex inquisidor. El antiguo ultraísta (o cubista o expresionista, como le gusta llamarse a sí mismo) y el ex surrealista doctrinario tienen, sin embargo, más de un punto en común: centros de interés, nacidos de la frecuentación de esos movimientos de vanguardia, que recién aparecen con el pasar del tiempo, una vez que Caillois se despoja de algunos de sus oropeles “antipoéticos”. Es impactante ver la cantidad de temas en común que fascinan a ambos: lo fantástico, el sueño, los espejos, el horror de la redundancia, el vértigo, etcétera...

Por otra parte, la relación de Caillois con Victoria Ocampo se desarrolla desde el comienzo sobre bases fantasmagóricas que sueldan a esos dos seres, a pesar de las tempestades, y que sin duda hacen que la editora cometa torpezas en favor de su huésped francés, adecuadas para herir susceptibilidades. Entre Caillois y Borges se establece entonces una especie de rivalidad debida a luchas de influencias que el secretario de redacción de *Sur*, José Bianco, se obstina en atenuar. Victoria Ocampo, a fines de 1939 y durante 1940, no parece hacer tanto caso a su colaborador directo, concentrada en su misión de introducir a Caillois en *Sur*; de hacerle conocer, más allá de su familia y sus colaboradores de la revista, la Argentina, América del Sur y su literatura. En agosto, Victoria Ocampo presenta a Caillois en su revista, y publica, junto con su “Vigilia de guerra” y un “Ensayo de imparcialidad” de Borges, un texto de aquel condenando a Hitler desde un punto de vista sociológico: “Naturaleza del hitlerismo”. La guerra y sus claras tomas de posición antihitleristas impiden a Caillois volver a Francia. Mientras que la mayoría de los franceses en la Argentina es *pétainista*, él se pone a disposición de la embajada británica y luego participa de la fundación del Comité De Gaulle.²¹

En 1940, Borges interviene menos en *Sur*, a pesar de la sutileza diplomática de José Bianco. Hay quien apuesta que su rencor hacia Caillois, considerado un arribista, se acentúa y que las duras palabras dichas en 1996 por Bioy Casares con referencia a la directora de *Sur*, su cuñada, encuentran algún eco en él, que sin embargo la respetó siempre: “Victoria Ocampo era insoportable. Era muy au-



toritaria. No tenía amigos, solo vasallos. Todos aquellos que la rodeaban debían aceptar sus órdenes. Pero su papel como directora de la revista *Sur* fue muy importante. Fue una revista que duró largos años. Yo no pertenecía al grupo porque no tenía los mismos gustos literarios que Victoria Ocampo”.²²

Ese año, Borges es uno de los testigos del matrimonio de Silvina Ocampo y Adolfo Bioy Casares en Las Flores. Los frecuenta asiduamente y acude regularmente a sus reuniones literarias donde evitan cuidadosamente a la directora de *Sur* y a su protegido francés. Un clima de hostilidad se instala entre los tres escritores y Victoria Ocampo, a menudo acompañada por su protegido. Caillois se convierte, para los tres amigos, en “un pequeño inoportuno” (el epíteto era, en realidad, más injurioso); Victoria Ocampo, por su parte, habla de “trío infernal”. La hostilidad de Victoria Ocampo es manifiesta en un pasaje de una carta inédita de Roger Caillois a Yvette Billod fechada el 19 de enero de 1940: “El lunes, Silvina se casó en secreto con su joven chiflado. Esto fue un alivio para la familia, excepto para *Madame* (Ocampo) [...]”.²³

Borges se desvive por otra cosa: prologa la novela fantástica de su amigo *La invención de Morel*, publicada por Losada, y su hermana Norah ilustra la tapa. Con sus cómplices, trabaja en una *Antología de la literatura fantástica*, publicada por la Editorial Sudamericana (fundada, entre otros, por Victoria Ocampo), que incluía su bello cuento “Tlön, Uqbar, Orbis Tertius”, presentado con una breve noticia biográfica. Caillois saca provecho: el 2 de abril de 1941 critica la selección efectuada, rebelándose en nombre de la erudición y de la deontología.

Según su primera esposa, que se reencontró con él en febrero de 1941 para casarse, Roger Caillois, durante mucho tiempo, no pudo mantener verdaderos intercambios intelectuales con gente que no hablara francés. Desde esta perspectiva, parece que Borges fue uno de los creadores hispánicos más conocidos y, sobre todo (puede que secretamente) admirados por Roger Caillois en esta época, a pesar de la tensión entre ambos. A Yvette Billod, el 23 de julio de 1940,²⁴ Caillois escribe, a propósito

de Borges, con quien se cruza regularmente en las oficinas de *Sur*, “es el escritor más interesante de aquí”. En 1941, puede que por los problemas pasionales surgidos entre Victoria Ocampo y Caillois, Borges publica nuevamente y con frecuencia en *Sur*, entregando el deslumbrante “Jardín de los senderos que se bifurcan” a la Editorial SUR. Además de sus críticas en la revista, hace publicar por esa editorial su traducción de *Un bárbaro en Asia*, de Henri Michaux. En mayo de 1942, Adolfo Bioy Casares consagra una bella crítica, en *Sur*, a la ficción de Borges.

Caillois (muy dedicado a su revista *Lettres françaises* fundada en julio de 1941) y Borges ven deteriorarse sus relaciones en abril de 1942, luego de la publicación de una obra de Caillois llamada *La novela policial*. Caillois, ofendido, a pesar de su discreta admiración por Borges, calla cuando el Premio Nacional de Literatura le es negado a este, sin duda a causa de sus opiniones antifascistas, y José Bianco, secretario de redacción de *Sur* desde 1938, quiere reparar el ultraje. Caillois no participa en el “Desagravio a Borges”, que *Sur* ofrece a Borges en septiembre de ese año, en su número 94. Este homenaje es la demostración de la influencia que todavía tiene Borges en *Sur*, aun ante Victoria Ocampo. En la Editorial SUR ese mismo año, Borges publica con Adolfo Bioy Casares *Seis problemas para don Isidro Parodi*, bajo el seudónimo de Bustos Domecq y, sobre todo, *Ficciones*. Pero a partir de 1943, sus libros son publicados principalmente por la Editorial Emecé. Es el caso de su selección de *Los mejores cuentos policiales*, reeditada en 1944. Ese mismo año, Borges recibe el Gran Premio de Honor de la SADE (Sociedad Argentina de Escritores).

Roger Caillois intenta hacer conocer algunos autores sudamericanos en América del Norte, en Inglaterra e incluso en Francia, donde *Lettres Françaises* era lanzada en paracaídas. Es así como comienza su misión de promotor: publica poemas de Silvina Ocampo y de la chilena Gabriela Mistral (futuro Premio Nobel) en abril de 1944. Ese año, Caillois, que en el Instituto Francés de Buenos Aires había hablado con Paul Bénichou acerca de Borges como “un escritor insólito”,²⁵ ofrece en el núme-

ro 14 de *Lettres Françaises*, del 1º de febrero de 1944, un conjunto curiosamente llamado “Asirias”, que reúne dos cuentos de Borges: “La lotería de Babilonia” y “La biblioteca de Babel”. Esta obra estaba a continuación de un texto de Victoria Ocampo sobre sus lecturas de infancia y un estudio de Marguerite Yourcenar. Néstor Ibarra, amigo “íntimo” de Borges, los había traducido. Caillois firma también un preámbulo agrídulce consagrado a Borges, evocando su inteligencia pero también su pedantería. Sin embargo, elogia sus escritos.

En 1945, cuando Caillois vuelve a Francia, persuadido de la riqueza de la literatura de América del Sur, continúa su tarea de promoción. “No tengas miedo: valoro por sobre todas las cosas todo lo que América y tú me han dado”, exclama en una carta a Victoria Ocampo.²⁶ Y a Gastón Gallimard, quien hace mucho caso de sus opiniones, le propone rápidamente una colección de autores sudamericanos. Desde el 25 de agosto de 1945, la cuestión queda planteada. “¿Qué argentinos podríamos incorporar, aparte de ti y de Borges?”, pregunta a Victoria Ocampo, prueba de que la obra del sabio de Buenos Aires le resulta imprescindible.²⁷ A Jean Paulhan, el 25 de septiembre, le recomienda calurosamente: “Le ruego: pida el No. 14 de mi revista a Gastón Gallimard. Ardo por tener su opinión”.²⁸ Sus muchas actividades a favor de América del Sur, la necesidad de estabilizar su vida profesional, su ingreso al comité de lectura de Gallimard retardan la primera publicación de la colección “La cruz del sur”, cuyo contrato ha sido firmado el 23 de octubre de 1945. El primer libro fue *Ficciones, Fictions* (traducido por Néstor Ibarra), que apareció en 1951, fue muy bien recibido por la crítica y rápidamente traducido. Inicia, gracias a la mediación cultural de Roger Caillois, la difusión de la obra de Borges en Europa. Los Estados Unidos, también, desempeñarán un papel importante en el reconocimiento del genio de Borges.²⁹

Victoria Ocampo, gran mediadora cultural, está en el origen de esta actividad de promotor de Roger Caillois. Borges mismo está doblemente endeudado con ella. Eso es lo que Victoria se esfuerza en hacerle comprender en su vehemente carta (felizmente conservada en los archivos de la Funda-

ción SUR y reproducida en el presente libro). Esta misiva data de 1964, después de la publicación de *Cahier de l'Herne Jorge Luis Borges*, que constituye una verdadera consagración internacional para él, después del Premio Formentor de 1961 (Roger Caillois era miembro del jurado). Victoria Ocampo responde como directora de revista, un tanto indignada, a algunas críticas de su colaborador y a los ataques de Adolfo Bioy Casares. Con soberbia, con autoridad, reivindica sus selecciones editoriales (como las fotos contenidas en el primer número de *Sur* destinadas al público argentino); explica que ella había propuesto otro texto sobre Borges a la dirección de *L'Herne* (sin duda más laudatorio); defiende de alguna manera el balance: Borges es, en parte, su criatura. Este último, sin ir demasiado lejos, reconocerá muchas veces y hasta su muerte, su deuda hacia Francia y hacia Roger Caillois (manifestada aquí en el homenaje pronunciado en la UNESCO), y alabará los méritos de Victoria Ocampo, al insistir en su papel de mecenas. Por otra parte, él le permanece fiel hasta el final, aun cuando colabore a veces en otras revistas, como *Realidad*, en 1947.

Estas dos grandes figuras argentinas se reencuentran en sus similares compromisos políticos. Surgidos ambos de la clase conservadora, son liberales y democráticos. En 1936, Victoria es vicepresidente del congreso del PEN Club que tiene lugar en Buenos Aires. Se coloca del lado de Francia y de los defensores de la democracia y el pacifismo (es admiradora de Gandhi) contra la tendencia fascista (Ungaretti, Marinetti). En 1939, como hemos visto, *Sur* publica un número antifascista en el que colabora Borges. Durante la Segunda Guerra Mundial, Victoria Ocampo apoya a Roger Caillois, rápidamente comprometido con la Resistencia exterior, financia en parte *Lettres françaises* de la que, para la ley argentina, es la directora, y forma parte del movimiento *Acción Argentina*, fundado a impulsos de González Rouro, en mayo de 1940, luego de la invasión de los Países Bajos y Bélgica. Este grupo, en su manifiesto publicado el 6 de junio de 1940, proclama la adhesión de los argentinos a la democracia y su oposición a los principios totalitarios.³⁰

Bajo Perón, ambos se levantan contra la dictadura populista y nacionalista. En septiembre de 1948, la hermana de Borges, Norah, es detenida en la cárcel del Buen Pastor y su madre Leonor, en razón de su edad, es retenida en su domicilio. Borges es nombrado inspector de aves de corral en los mercados de Buenos Aires... En cuanto a Victoria, es detenida en mayo de 1953, por un mes, siempre en el Buen Pastor. Una campaña internacional, dirigida por Gabriela Mistral, permitirá que sea liberada. Varios textos y documentos de este volumen evocan ese período difícil: las cartas de Borges, el “Diálogo”, la noticia necrológica de Victoria. Borges, para vivir, debe dar conferencias y cursos (entre sus cartas a Victoria hay una firmada por un elocuente “un beso de un exiliado”). Precisemos que si Borges tenía “la fobia de los comunistas”, como dice su madre en la carta del 14 de marzo de 1971, Victoria Ocampo no estaba demasiado alcanzada. Su mejor amiga, María Rosa Oliver, era comunista. Había debates en el seno de *Sur*... Notemos que Borges se ha encargado del interinato de la revista, lo que no ha convencido de modo manifiesto a Victoria Ocampo.³¹ En 1972, las cartas muestran que los tres (Borges, su hermana Norah y Victoria Ocampo) protestan contra el retorno de Perón.

El filósofo norteamericano Waldo Frank, al comienzo de la década del treinta, había incitado a Victoria Ocampo a interrogarse más profundamente acerca de la identidad de su país. A partir de 1927, ella se interesa en las especificidades argentinas. Es así que su encuentro con Borges se produce en torno de la conferencia que él pronuncia sobre “el idioma de los argentinos”. No es solo una preocupación lingüística de los miembros de la elite ilustrada de ese país; es también, en cierta medida, una reflexión política. La Argentina es un país de creación reciente, que busca definirse, en particular en el plano cultural, de manera autónoma y universal. Ambos adhieren a una definición abierta de la identidad argentina, enraizada en los particularismos y la historia propios de este país, pero también preocupada por los demás. Una identidad nutrida notablemente por su pertenencia americana, pero que se deleita, en su época, en su sustrato cultural europeo, entre otros. Borges dirá



que Victoria Ocampo tiene verdadero conocimiento de ciertas culturas. Es, anticipadamente, “la ciudadana del mundo” quizás idealista, preconizada en 1980 por Borges en el homenaje que le rinde en la UNESCO. Victoria Ocampo, como él, “tenía la generosa ambición de querer conmovirse ante todos los países, todas las épocas” y al mismo tiempo “era una buena argentina”.

Esta mujer que, junto a su hermana Angélica, legó dos grandes casas de su familia a la UNESCO, en ese discurso se convierte para este hombre casi en una figura movida por uno de los temas borgeanos, “el deseo de eternidad”. “Más importante que la sangre de nuestro cuerpo es la sangre de nuestro espíritu”, exclama Borges, evocando a la directora de *Sur*. Y añade: “todo pertenece a la misma escritura”. Borges agrega “debemos intentar continuar su tarea, debemos interesarnos no en un país, en un único proceso histórico [...], debemos interesarnos en el universo”.

En su conmovedora nota necrológica, Borges asume la defensa de esta mujer “meritoria”. No fue esnob, tenía el sentido de la hospitalidad, se interesaba en la literatura “circundante”. Fue valiente. Victoria Ocampo le reconocía esta misma calidad, el coraje, al escritor ciego. “Esta prueba (no poder leer más), aterradorante para cualquiera que viviera de la lectura desde su infancia, Borges la asumió con una fortaleza que yo no logro calificar”, escribe en “Visión de Jorge Luis Borges”. Borges, por lo demás, reconoce que Victoria le ha rendido “servicios” con “delicadeza”, por ejemplo cuando ella inicia, con Esther Zemborain, una campaña para que él sea designado al frente de la Biblioteca Nacional argentina.

El “Diálogo”, las cartas de Borges a Victoria, impregnadas de una “constante gratitud”, de humor (véase su reflexión sobre su dedicatoria de “El jardín de senderos que se bifurcan” a Victoria Ocampo) son la marca de su admiración recíproca, a pesar de los malentendidos. “Creo que todos los argentinos, aun cuando no lo sepan o que se obstinen en no declararlo, tienen con SUR una deuda inagotable”, dice él en 1967. En sus cartas, Borges suministra varios relatos breves y concisos sobre

su familia. Mientras que Victoria, en su misiva, se revela fogosa, pragmática, Borges, más allá de la actualidad, aborda gran parte de sus problemas como literato: el destino: (“desde la infancia, sé que mi destino es la literatura”), la permanencia (“yo vivo, o trato de vivir, impersonalmente: tengo la certidumbre de haber evolucionado muy poco; de ser el mismo (centralmente) que he sido y que seré”). Los ecos de su obra, la ironía y la épica tienen su lugar (cuando habla de los pioneros que habían escrito sobre sus carretas “California o reventar”). Todos esos textos son, por su gran delicadeza, esclarecedores.

Los sueños y la realidad, la impostura, la ambivalencia, lo abstracto y lo afectivo, la nostalgia de la patria y de San Isidro, los olores de Adrogué (“aquí los árboles nos traen recuerdos de San Isidro y, no sea mal pensada, de Adrogué”, escribe Borges en 1954), los antepasados, Norah y Leonor Borges, Angélica Ocampo, sus relaciones mundanas, el cine, el propio Roger Caillois que se apresta a entrar en la Academia Francesa son otras tantas casillas del tablero de ajedrez que comparten. Hablando de su infancia, Borges murmura: “Íntimamente soy el mismo de entonces. Apenas si he aprendido algunas destrezas”. Podría ser, y no sería una de las menos magistrales, la de haber caminado y conversado toda su vida con Victoria Ocampo, de manera fecunda.